

HOMERO

Ilíada

Traducción de
Mario Frías Infante



loqueleg

A mis nietos Karina, Juan Carlos y Paula Andrea.

Mario Frías (traductor)

Iliada

RAPSODIA I

ΙΛΙΑΔΟΣ Α

INVOCACIÓN. LA PESTE. LA CÓLERA

El poeta invoca a la diosa para que cante la cólera de Aquiles (01-07). Apolo, enojado contra Agamenón, propaga la peste en el campamento aqueo (08-52). Aquiles convoca a una asamblea al ejército. Intervención del adivino Calcante, que atribuye a Agamenón el castigo del dios (53-120). Enfrentamiento entre Agamenón y Aquiles (121-303). Disolución de la asamblea (304-350). Diálogo entre Aquiles y Tetis (351-430). Odiseo rumbo a Crisa y entrega a Criseida a su padre (431-487). Diálogo entre Tetis y Zeus (488-535). Diálogo entre Zeus y Hera (536-611).

41

La cólera canta tú, oh diosa, de Aquiles el Pelida,
cólera funesta que a los aqueos ha causado sinnúmero de penas,
y que al Hades muchas almas de héroes valerosas arrojó,
que a esos héroes en botín para los perros convirtió
y en festín para las aves de rapiña —cumplíase la voluntad de
Zeus—, ⁰⁵
desde el momento en que por vez primera separándose pelearon
Atrida, caudillo de guerreros, y Aquiles, el divino.
¿Cuál de los dioses los lanzó a la contienda a fin de que pelearan?
El hijo de Leto y Zeus que, enojado con el rey,
en el ejército una peste perniciosa suscitó. Perecían los
guerreros, ¹⁰

debido a que al sacerdote Crises ultrajó
 el Atrida, pues el sacerdote había ido a las aqueas naves muy
veloces,
 portando un rescate cuantiosísimo para que su hija amada fuera
liberada,
 y en las manos las bandas de Apolo sujetando, colgadas
 del áureo cetro, imploraba así a todos los aqueos, ¹⁵
 en especial a los dos Atridas, comandantes de las tropas:

42

CRISES.– ¡Atridas y los demás aqueos de hermosas canilleras!,
 que los dioses, dueños de olímpicos palacios les concedan
 destruir la ciudad de Príamo, retornar luego felizmente
a sus hogares,
 y recibir el pago del rescate. Libérenla a mi hija amada, ²⁰
 venerando al hijo del dios Zeus, a Apolo el flechador.

Entonces todos los demás aqueos a favor se pronunciaron
 de que el sacerdote sea respetado y de aceptar el espléndido
rescate.

Pero, en su enojo, no le agradó a Atrida Agamenón,
 sino que lo echó fuera de ultrajante modo, dirigiéndole duras
palabras: ²⁵

AGAMENÓN.– ¡Que no te encuentre yo, anciano, junto a las
ventradas naves
 ni ahora demorando ni más tarde regresando!
 Cuidado con que el cetro y la banda del dios no te sirvan para
nada.

No la voy a liberar. Antes la vejez le llegará
 en mi palacio, en Argos, lejos de su patria, ³⁰
 trabajando en el telar y acercándose a mi lecho.
 Vete; no me encolerices, a fin de que retornes sano y salvo.

Así habló. Y el anciano, asustado, hizo caso a la amenaza.
 Se fue de mala gana por las arenas del mar bramante.
 Luego, de muy lejos, mientras caminaba, imploró el anciano ³⁵
 al soberano Apolo, a quien Leto, la de hermosa cabellera, había
 dado a luz:

CRISES.– ¡Escúchame, oh dios del plateado arco! ¡Tú que a Crisa
 la proteges,
 y asimismo a la divina Cila. Tú que en Ténedos poderosamente
 reinas,
 oh, Esminteo!, si alguna vez para ti construí un grato templo,
 o si alguna vez quemé en tu honor untuosos muslos ⁴⁰
 de bueyes y de cabras, atiende también ahora a esta petición:
 Que los dánaos, con tus flechazos paguen el precio de mis
 lágrimas.

43

Así dijo rogando, y Febo Apolo lo escuchó.
 En su corazón, muy enojado, descendió de las cumbres
 del Olimpo, llevando en sus hombros el arco y el carcaj muy bien
 cerrado. ⁴⁵
 Las flechas resonaban sobre las espaldas del dios enardecido
 al ponerse en movimiento. Caminaba a la noche parecido.
 A cierta distancia de las naves tomó asiento. Luego una flecha
 disparó,
 y del argénteo arco surgió un fortísimo chasquido.
 Primero a los mulos y a los ágiles perros apuntó, ⁵⁰
 pero luego contra los guerreros las punzantes flechas
 disparó. Ardieron sin cesar las piras de cadáveres repletas.
 Durante nueve días los dardos del dios sobre el ejército cayeron.

Al décimo, Aquiles al ágora¹ a la tropa convocó,
 pues Hera, la de los níveos brazos, le había inspirado esa
 decisión, 55

preocupada por los dánaos, viéndolos morir.
 Luego que ellos acudieron, y una vez reunidos,
 Aquiles, el de los pies veloces, poniéndose de pie les habló en
 estos términos:

44

AQUILES.— ¡Atrida! Pienso que nosotros, otra vez errantes
 tendremos que a la patria regresar, siempre que escapemos de la
 muerte, 60
 pues si no, la guerra y la peste al mismo tiempo a los aqueos van
 a derrotar.

Pero bueno, a un adivino, a un sacerdote consultemos
 o a un intérprete de sueños —puesto que también de Zeus el
 sueño es procedente—,
 que diga por qué Febo Apolo está tan enojado,
 si es que él reclama un solemne sacrificio de cien bueyes y
 corderos, o tal vez una promesa, 65
 o si acaso un sahumero con la grasa de corderos y de cabras sin
 defecto
 para salvarnos de la ruina él ante sí quiera tener.

Así diciendo tomó asiento, y de entre ellos se paró
 el Testórida Calcante, el mejor intérprete del vuelo de las aves,
 el cual conocía el presente, el futuro y el pasado. 70
 Había guiado las naves de los aqueos hasta Ilión,
 gracias a los dones de predicción que Febo Apolo le había
 concedido.

1 Aquí el término “ágora” significa “asamblea”. El ágora, empero, una suerte de plaza pública donde la gente se reunía con diversos propósitos y para variadas actividades (la palabra ἀγορά derivada del verbo ἀγειρω, que significa “reunir”). Las actividades mencionadas podían ser asambleas, mercados o juicios, de donde pasó a significar también “discurso”, “arenga”, “hablar en público”, “mercado” o “mercancía”.

Él con prudencia en la asamblea les habló y les dijo:

CALCANTE.– ¡Aquiles, de Zeus favorito! Me mandas explicar
la cólera de Apolo, el soberano de infalible puntería. ⁷⁵
Pues yo te lo diré, pero tú promete y júrame
que estás dispuesto a defenderme con tu palabra y con tus
brazos,
pues pienso que un guerrero montará en cólera, el que entre
todos
los argivos tiene gran poder y al que los aqueos le obedecen,
puesto que es más fuerte un rey, cuando con un guerrero
inferior se enoja. ⁸⁰

Y aunque su ira reprima ese momento,
hasta que se cumpla su venganza el rencor guarda
en su pecho. Piensa, pues, y dime si vas a protegerme.

Respondiéndole, le dijo Aquiles, el de los pies veloces:

AQUILES.– ¡Di confiadamente el oráculo que sabes! ⁸⁵
¡Por Apolo, de Zeus predilecto, a quien tú, Calcante,
invocas cuando revelas los vaticinios a los dánaos!
Nadie, mientras yo esté vivo y sobre la tierra tenga puesta la
mirada,
te pondrá encima las pesadas manos, junto a las combadas
naves.

Ninguno de los dánaos, ni aunque de Agamenón estés
hablando, ⁹⁰
quien ahora se precia de ser entre los aqueos el más fuerte.
Cobró entonces confianza el honorable augur y dijo:

CALCANTE.– No reclama el dios un solemne sacrificio de cien
bueyes y corderos, ni tampoco una promesa.
Es por causa del sacerdote al que Agamenón faltó al respeto,

y no le liberó a la hija ni le recibió el rescate. 95

Por esto el dios de infalible puntería esas penas les ha dado y les
dará,

y de los dánaos la odiosa ruina de ningún modo apartará,
hasta que a la doncella de ojos vivos a su padre amado le devuelva
sin premio ni rescate, y un sagrado sacrificio de cien bueyes y
corderos le llevemos

hasta Crisa. Tal vez entonces, aplacándolo, podremos

persuadirlo. 100

46

Y así diciendo tomó asiento. Y de entre ellos se paró
el héroe Atrida, el poderoso Agamenón,
enfurecido. Sus negras entrañas, de su cólera tan fuerte,
se llenaron, y sus ojos resplandecían cual el fuego.
Lo primero, amenazantes palabras a Calcante dijo:

AGAMENÓN.— Augur de males, jamás me dijiste nada bueno. 105

Grato es a tu corazón vaticinar siempre lo malo.

Jamás dijiste ni ejecutaste nada bueno.

Y ahora afirmas, profetizando en medio de los dánaos,
que la causa de que el dios de infalible puntería les cause

sufrimientos 110

es que por Criseida, la doncella, un espléndido rescate
yo no quise recibir, puesto que deseo vivamente
tenerla en mi mansión, pues más que a Clitemnestra la prefiero,
mi legítima esposa, puesto que no le es inferior
ni en porte ni en nobleza, ni en inteligencia ni en labores. 115

Aún así, estoy dispuesto a devolverla, si eso es lo mejor.

Quiero más que el ejército esté a salvo a que perezca.

Pero eso sí, que de inmediato una recompensa me sea preparada,
para el único no quedar

sin recompensa entre todos los argivos, lo que no sería justo.

Están viendo ustedes todos que a otro lado se va mi

recompensa. 120

Le respondió en seguida Aquiles, el de los pies veloces:

AQUILES.— ¡Ilustrísimo Atrida, el más codicioso entre todos los
guerreros!

¿Cómo los magnánimos aqueos una recompensa van a darte?

No sabemos dónde haya todavía en cantidad bienes comunes.

Todo cuanto de las ciudades hemos saqueado ya ha sido

distribuido, ¹²⁵

y no sería justo obligar a las tropas a de nuevo devolver todo

cuanto ya está distribuido.

47

¡Devuelve tú al dios la joven ahora mismo, y los aqueos

el triple o cuádruple en pago te daremos, si Zeus algún día

nos concede destruir Troya, la ciudad fuertemente amurallada!

Respondiendo le dijo el poderoso Agamenón: ¹³⁰

AGAMENÓN.— Por valiente que seas, oh Aquiles, a los dioses

semejante,

con intrigas a Criseida no trates de robarme, pues engañarme

no podrás ni persuadirme.

¿O quieres que, conservando tu recompensa, yo sin más

privado quede de la mía, y por eso devolverla me aconsejas?

Solo si los magnánimos aqueos me dan una recompensa, ¹³⁵

ajustándola a mi deseo y de un valor equivalente, yo consentiría.

Si, empero, no me dan, yo mismo iré a apoderarme

de tu botín, del de Ayante o de Odiseo.

Una vez tomado, me lo llevaré, y es claro que ha de enfurecerse

aquel donde quien vaya.

Sobre este asunto, sin embargo, más tarde volveremos. ¹⁴⁰

Ahora, empero, una negra nave arrastremos hasta el mar

brillante;

reunamos en ella los remeros requeridos y para un sagrado
sacrificio de cien bueyes y corderos
las víctimas carguemos, y a la propia Criseida, la de mejillas muy
hermosas,
embarquemos. Que un consejero sea el comandante:
Ayante o Idomeneo o el divino Odiseo, ¹⁴⁵
o tú, Pelida, el guerrero más valiente,
para que, ofreciendo un sacrificio, nos aplaques al dios que hiere
a la distancia.

48 Mirándolo torvamente, así le dijo Aquiles, el de los pies veloces:

AQUILES.— ¡Oye, tú que estás envuelto en desvergüenzas, con un
codicioso corazón!
¿Cómo aqueo alguno tus órdenes podría obedecer, ¹⁵⁰
sea para emprender la travesía, sea para combatir violentamente
con guerreros enemigos?
No fue por causa de los troyanos valerosos
que yo vine aquí a pelear, pues ellos para mí de nada son culpables,
ya que nunca mis bueyes ni caballos se llevaron,
ni tampoco en la fértil Ftía, nutriente de guerreros, ¹⁵⁵
dañaron mis cosechas, puesto que en medio hay muchas
montañas muy umbrosas y un rugiente mar.
Es a ti, gran descarado, a quien acompañamos a fin de que te
alegres,
el honor recuperando para Menelao y para ti también, cara de
perro,
ante los troyanos. De nada de esto, empero, ni te preocupas ni
interesas, ¹⁶⁰
y hasta amenazas con arrebatarme tú en persona esta
recompensa
que, por lo mucho que en la pelea me esforcé, los aqueos me
otorgaron.

Nunca obtengo un botín igual al tuyo cada vez que los aqueos toman por asalto alguna bien poblada fortaleza de troyanos. Sin embargo, la parte más dura de la batalla encarnizada ¹⁶⁵ mis brazos la sostienen. Llegado, empero, el momento del reparto, para ti hay un botín mucho mayor, mientras yo uno menor, pero apreciado, a mis naves, llevándolo, retorno después de haberme cansado combatiendo. Ahora, empero, me iré a Ftía, ya que es mil veces preferible en las combadas naves irse a casa, pues no pienso ¹⁷⁰ estar aquí sin honor y sin fortuna, acumulando riquezas para ti.

49

En seguida le respondió Agamenón, caudillo de guerreros:

AGAMENÓN.— Huye, pues, si el ánimo te impulsa. Lo que es yo a ti no voy a rogarte que por mí te quedes. A mi lado hay otros que mi honor defenderán, especialmente Zeus, el más sabio consejero. ¹⁷⁵ Eres para mí el más odioso de los reyes vástagos de Zeus, pues siempre las discordias fueron gratas para ti, las guerras y batallas. Y si eres el más fuerte es porque un dios te dio esa cualidad. Yéndote a tu casa con tus naves y tus compañeros, sobre los mirmidones reina allí. Lo que es yo no me preocupo. ¹⁸⁰ Ni aunque estés enojado yo te temo. Te haré, sin embargo, esta advertencia: Puesto que Febo Apolo a Criseida me la quita, con mis compañeros en mi nave la enviaré, pero a la vez a Briseida, la de mejillas muy hermosas, que es tu recompensa, yo en persona dirigiéndome a tu tienda de campaña me la llevaré, para que te quede bien en claro ¹⁸⁵

cuánto más poderoso soy que tú y, además, que tema cualquiera
 otro
 decir que es igual a mí y que conmigo y de frente se compare.

Así habló. Y al Pelida una gran aflicción le sobrevino. Su corazón
 en su velludo pecho quedó perplejo entre dos resoluciones:
 O si, sacando de su funda la filuda espada que llevaba junto
 al muslo, 190

apartara a los presentes y al Atrida lo matara;
 o si calmara y reprimiera sus impulsos.

50 Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su ánimo,
 y la gran espada sacaba de su funda, bajó Atenea
 desde el cielo, pues por delante la envió Hera, la diosa de los
 níveos brazos, 195

que a los dos quería y los cuidaba por igual.

Se paró en su detrás y de su rubia melena lo agarró al Pelida,
 aparecida solo a él, pues entre los demás nadie la veía.

Se sorprendió Aquiles y, dándose la vuelta, reconoció al instante
 a Palas Atenea, pues sus ojos un fulgor terrible despedían. 200

Y hablándole a la diosa, le dijo estas palabras voladoras:

AQUILES.– ¿Por qué viniste nuevamente, oh hija de Zeus, el que
 portando la égida siempre está?

¿Fue para que el desenfreno vieras del Atrida Agamenón?

Yo, empero, te diré en qué pienso que este asunto ha de acabar:

En que muy pronto por su orgullo la vida perderá. 205

Le dijo entonces Atenea, la diosa de los ojos siempre luminosos:

ATENEA.– Tu ira he venido a apaciguar, a ver si me haces caso
 desde el cielo. Me envió Hera, la diosa de los níveos brazos,
 que a los dos quiere y los cuida por igual.

Pero bueno, da fin a la disputa y no saques la espada con tu

mano. 210

Más bien solo de palabra injúrialo, de cualquier modo que sea,
 pues yo te anuncio lo siguiente, que cumplimiento ha de tener:
 Te llegará algún día el triple de espléndidos regalos
 por causa del agravio. Pero tú domínate y a nosotras haznos caso.

Aquiles, el de los pies veloces, respondiéndole le dijo: 215

AQUILES.– Es preciso, oh diosa, cumplir el mandato de las dos,
 por más que uno en el alma esté irritado. Proceder así es lo mejor.
 El que a los dioses obedece, es por los dioses escuchado.

51

Dijo, y en la argétea empuñadura retuvo la robusta mano.
 De nuevo en su funda metió la gran espada, pues no dejó de
 obedecer 220

la orden de Atenea. Y ella al Olimpo regresó,
 al palacio de Zeus, el que portando la égida siempre está, entre
 las demás divinidades.

El Pelida, de nuevo, con palabras muy groseras,
 sin que aún su ira apaciguara, al Atrida lo insultó:

AQUILES.– ¡Ebrio, ojos de perro y corazón de ciervo! 225
 Nunca para armarte con el fin de ir con el ejército a la guerra,
 ni de hacer una emboscada con los aqueos más valientes,
 en tu ánimo has tenido la osadía. Eso a ti te parece que es la
 muerte.

En el vasto campamento aqueo mucho más fácil te resulta
 arrebatarte los regalos a quien te contradiga. 230
 ¡Rey devorador de tu pueblo, puesto que sobre cobardes mandas!
 Este día, Atrida. Será el último en que ultrajes.
 Pero algo más voy a decirte y lo haré con solemne juramento:
 ¡Sí! ¡Por este cetro, que ya ni hojas ni retoños
 hará crecer, puesto que su tronco ha dejado en las montañas, 235

y no reverdecerá luego que el hacha le ha pelado por entero
 hojas y corteza, y ahora los aqueos
 que administran justicia lo llevan en la mano y que las leyes
 de Zeus las tiene custodiadas! Este será el solemne juramento:
 ¡En algún momento la falta de Aquiles los aqueos sentirán ²⁴⁰
 todos en conjunto, y entonces, no podrás, por angustiado que te
 sientas,
 socorrerlos cuando muchos por Héctor, de guerreros matador,
 caigan muertos, y tú internamente tu corazón desgarrarás,
 pesaroso por no haber respetado al mejor de los aqueos.

52

Así habló el Pelida y arrojó al suelo el cetro ²⁴⁵
 de clavos de oro tachonado, y se sentó.
 El Atrida, desde el lado opuesto, de cólera íbase llenando. Y
 Néstor ante ellos,
 el de suave hablar, el orador más elocuente, de pie se puso entre
 los pilios,
 y de su boca fluyeron palabras más dulces que la miel.
 Antes de él ya dos generaciones de mortales hombres ²⁵⁰
 habían perecido, que antes que él nacieron y en su compañía se
 criaron
 en la divina Pilos. Sobre la tercera ahora reinaba, y a ellos con
 benevolencia les dijo lo siguiente:

NÉSTOR.— ¡Ay, una gran desgracia a la tierra aquea le ha
 sobrevenido!

De verdad se alegrarían Príamo y sus hijos ²⁵⁵
 y los demás troyanos gran regocijo en su corazón tendrían,
 si oyeran las palabras con que ustedes dos entre sí pelean,
 ustedes, los más distinguidos tanto en la asamblea de los dánaos
 como lo son en el combate.

¡Pero escuchen, pues mis menores son los dos!
 Con más valientes, comparados con ustedes, en otros tiempos, ²⁶⁰
 a algunos guerreros he tratado, los cuales jamás me desdeñaron.

Nunca vi ni tal vez jamás vea guerreros
 como Perítoo y Driante, de tropas conductor;
 como Ceneo y como Exadio y el divino Polifemo,
 como Teseo Egeida, finalmente, que parecía un inmortal. 265
 Fueron todos ellos los mejores entre los hombres que vivieron en
 la tierra.

Eran los más fuertes y con los más fuertes combatieron,
 con centauros montaraces, a los que prodigiosamente
 exterminaron.

Con ellos yo también he convivido cuando de Pilos retorné,
 desde lejos, desde tierras apartadas, pues ellos mismos me
 llamaron, 270

y en la medida de mis fuerzas combatí. Con aquellos nadie
 de los mortales que hoy están sobre la tierra podría combatir.
 Pese a ello, escuchaban mis consejos y hacían caso a mis
 palabras.

También ustedes hagan caso, pues hacer caso es lo mejor.
 Ni tú, Atrida, aun siendo muy valiente, a la doncella se la
 quites. 275

Déjasela, pues como recompensa a él primero los aqueos se la
 dieron.

Ni tú, Pelida, con un rey quieras disputar,
 frente a él poniéndote, considerando que jamás de honor igual
 ha participado
 rey alguno que usa cetro, al que Zeus similar gloria que a este
 hubiera concedido.

Si eres tú más fuerte, se debe a que una diosa como madre te dio
 a luz. 280

Pero él es superior, porque reina sobre mayor número de pueblos.
 Tú, Atrida, apacigua ese tu enojo. Lo que es yo
 te suplico que depongas tu rabia contra Aquiles, que para todos
 los aqueos en la guerra pernicioso él es el baluarte.
 Contestándole el poderoso Agamenón le dijo: 285

AGAMENÓN.— Sí, anciano, todo esto que dices es muy justo.
 Pero este guerrero quiere ser superior a todos los demás.
 A todos quiere dominar, reinar quiere sobre todos,
 órdenes a todos quiere dar. A todo lo cual pienso que nadie le ha
 de obedecer.

Si los eternos dioses lo hicieron belicoso, ²⁹⁰
 ¿acaso por eso lanzar insultos le permiten?

Replicándole, el divino Aquiles contestó:

54 AQUILES.— Despreciable y cobarde mereciera ser llamado
 si admitiera todos los cargos que me imputas.
 Da tales órdenes a otros, puesto que sobre mí ²⁹⁵
 no tienes mando, porque ya no pienso obedecerte.
 Y otra cosa te diré que debes grabar muy bien en tu memoria:
 No voy a pelear con estos brazos por causa de la joven,
 ni contigo ni con otro, ya que ustedes, habiéndomela dado me la
 quitan.
 En cuanto a las demás cosas que junto a la negra nave tengo ³⁰⁰
 nada de eso, contra mi voluntad, te podrás llevar.
 Y si no, haz la prueba, para que también estos lo sepan:
 En ese mismo instante, en torno a mi lanza, tu negra sangre
 brotará.

Después que ambos con hostiles palabras habiéndose atacado,
 se pusieron de pie todos y junto a las aqueas naves disolvieron la
 asamblea. ³⁰⁵

El Pelida se dirigió a sus tiendas y a sus bien proporcionadas
 naves,
 en compañía de Meneciada y de sus restantes compañeros.
 A su vez el Atrida la divina nave botó al mar,
 reclutó veinte remeros y para el sagrado sacrificio de cien toros y
 cabras
 en honor del dios embarcó las víctimas y a Criseida, la de

mejillas muy hermosas, 310
 conduciéndola la hizo sentar. Fue de capitán el ingeniosísimo
 Odiseo.

Abordaron la nave y navegaron por líquidos caminos.
 El Atrida ordenó a la gente que se purificara.
 Se purificaron y el agua de la purificación al mar echaron.
 Ofrecieron a Apolo perfectos sacrificios 315
 de toros y de cabras en la playa del inmenso mar.
 El olor de la grasa, enroscándose en el humo, llegó al cielo.

Tales eran las tareas en las que en el campamento trabajaban.

Pero el Atrida Agamenón
 no cesó la discordia en la que —él primero— amenazó a Aquiles,
 y les dijo a Taltibio y Euríbatos, 320
 que eran sus pregoneros y diligentes servidores:

AGAMENÓN.— Vayan a la tienda de Aquiles, el Pelida,
 y, para traerla de la mano, tomen a Criseida, la de las mejillas
 muy hermosas.

Si él no la entregara, yo en persona he de tomarla
 yendo con un grupo de guerreros, lo cual más doloroso le será. 325

Habiendo hablado así, los despachó de ultrajante modo,
 dirigiéndoles duras palabras.

Contra su voluntad se fueron ellos caminando por la playa del
 inmenso mar,
 hasta que llegaron a las tiendas de campaña y a las naves de los
 mirmidones.

Junto a su tienda de campaña y a su negra nave a Aquiles
 encontraron

bien sentado y, al verlos el héroe no sintió alegría. 330

Se turbaron ellos, y haciendo al rey una reverencia,
 se detuvieron sin decir palabra alguna ni tampoco hacer
 preguntas.

Él, empero, comprendió todo en su mente y les habló:

AQUILES.– ¡Bienvenidos, mensajeros de Zeus y los hombres!
¡Acérquense! No son ustedes los culpables sino Atrida

Agamenón, ³³⁵

que por la joven Briseida a ustedes los ha enviado.

¡A ver, Patroclo de divina estirpe!, saca a la doncella

y para que la lleven a los dos entrégala, y que ambos testigos sean
ante los dichosos dioses y los mortales hombres y ante el cruel
rey Agamenón, por si alguna vez, ³⁴⁰

56

me necesitara para apartar una injusta destrucción

de los demás. Pero la rabia hierve en su perverso corazón,

y tampoco es capaz de pensar relacionando el pasado y el futuro,
para que junto a las naves combatiendo se salven los aqueos.

Así habló y Patroclo obedeció al amigo tan querido. ³⁴⁵

Sacó a Briseida de la tienda, la de mejillas muy hermosas.

Para que la llevaran la entregó, y los dos heraldos a las aqueas

naves con ella regresaron.

Con ambos mensajeros, en contra su voluntad, se fue Briseida. Y

Aquiles,

derramando lágrimas, apartado de sus compañeros, se sentó al

instante

a la orilla del plumizo mar, con la mirada en su inmensidad

clavada. ³⁵⁰

Con las manos extendidas, a su amada madre con gran fervor

rogó:

AQUILES.– ¡Madre mía! Ya que a la luz me diste, aunque para una
corta vida,

al menos honores el olímpico Zeus debía concederme,

que en el alto cielo truena. Ahora, empero, no me ha honrado en

modo alguno,

puesto que el Atrida Agamenón de amplios dominios ³⁵⁵
 me ha ultrajado, ya que él tiene en su poder mi recompensa,
 después de habérmela arrebatado, y con ella se ha quedado.

Así dijo entre lágrimas, y su augusta madre lo escuchó,
 que en las profundidades del mar junto a su anciano padre se
 encontraba.

Emergió de inmediato como la niebla sobre las olas color de plomo,
 y muy cerca del hijo se sentó, que copiosas lágrimas seguía
 derramando. ³⁶⁰

Luego de haberlo acariciado con la mano, por su nombre lo
 llamó y le dijo lo siguiente:

TETIS.– ¡Hijo mío! ¿Por qué lloras? ¿Qué pena te ha invadido el
 corazón?

Dime francamente. En tu mente cosa alguna no me escondas,
 y así ambos lo sabremos.

Suspirando profundamente, le dijo Aquiles, el de los pies veloces:

AQUILES.– ¡Tú lo sabes, madre mía! ¿Para qué voy a contarte, si
 ya todo lo sabes? ³⁶⁵

A Teba² fuimos, la ciudad del rey Eetión consagrada.

La saqueamos y aquí trajimos cuanto había.

Los aqueos se distribuyeron entre todos el botín

y para el Atrida separaron a Criseida, la de mejillas muy
 hermosas.

Pero Crises de inmediato, de Apolo sacerdote, el que hiere a la
 distancia, ³⁷⁰

se encaminó a las veloces naves de los aqueos de bronceas
 corazas revestidos,

2 No confundir con Tebas. A diferencia de esta, Teba fue una ciudad de la Tróade conquistada por Aquiles. Es mencionada en las siguientes rapsodias y versos: II, 691; IV, 378, 406; VI, 397, 416; XIV, 323; XIX, 99 y XXII, 479.

portando un cuantioso rescate para que su hija amada fuera
 liberada,
 y sosteniendo en las manos las bandas de Apolo el Flechador,
 colgadas del áureo cetro, imploraba a todos los aqueos,
 en especial a los dos Atridas, comandantes de las tropas. ³⁷⁵
 Entonces todos los demás aqueos se pronunciaron a favor
 de que el sacerdote sea respetado y de aceptar el espléndido
 rescate.

58

Pero, en su enojo, no le agradó al Atrida Agamenón,
 que de mal modo lo echó, dirigiéndole duras palabras.
 Enojado el anciano, se fue por donde vino. Y Apolo ³⁸⁰
 escuchó al que rogaba, porque el sacerdote le era muy querido.
 Disparó entonces contra los aqueos las mortíferas flechas, y los
 soldados
 morían uno tras de otro, pues los dardos del dios se dirigían
 a todas partes en el vasto campamento de los aqueos. Y un
 adivino,
 buen conocedor, nos explicó los designios del que hiere a la
 distancia. ³⁸⁵
 De inmediato, yo el primero aconsejé que el dios fuera aplacado.
 Pero luego la ira se apoderó del Atrida y, parándose al instante,
 lanzó un discurso con amenazas que tuvieron cumplimiento.
 Los aqueos de vivaz mirada en una nave
 hacia Crisa a la joven condujeron y para el dios ofrendas le
 llevaron. ³⁹⁰
 Hace poco unos heraldos de mi tienda de campaña llevándola se
 fueron
 a la doncella hija de Briseo, a la que los aqueos me entregaron.
 Ahora tú, si te es posible, socórrelo a tu hijo.
 Dirigiéndote al Olimpo, a Zeus ruégale, si alguna vez
 con obras o palabras le alegraste el corazón, ³⁹⁵
 pues muchas veces te escuché en el palacio de tu padre
 jactándote porque decías que al Cronida, el que cubre el cielo con
 negros nubarrones,

tú sola entre los dioses, de una ruina inicua lo salvaste,
cuando otros olímpicos encadenarlo pretendían:

Hera, Poseidón y Palas Atenea. 400

Tú, entonces, oh diosa, caminando donde él de las ataduras lo
liberaste,

llamando al Centímano rápidamente al amplio Olimpo,
a quien los dioses llaman Briáreo y todos los guerreros,
Egeón —puesto que en fuerza superior es a su padre—,
el cual, ufano de su fama, se sentó junto al Cronida. 405

Aquellos dichosos dioses le temieron y a Zeus no lo
encadenaron.

59

Recordándole esto, siéntate a su lado y las rodillas tómale,
a ver si quiere defender a los troyanos
y acorrallar a los aqueos contra las popas de las naves junto al mar,
para que allí sean masacrados, y todos disfruten de su rey, 410
y comprenda el poderoso Atrida Agamenón
su error de no haber enaltecido al mejor de los aqueos.

Derramando lágrimas, le contestó en seguida Tetis:

TETIS.— ¡Oh, hijo mío! ¿Por qué te crié, si en hora aciaga te di a luz?
Ojalá sin lágrimas y feliz junto a las naves 415

estuvieras, ya que ahora la Parca decretó para ti una vida corta;
no precisamente larga.

Ahora a la vez el de más corta vida y entre todos el más
infortunado

resultaste, pues con funesto destino te di a luz en el palacio.

A decirle a Zeus, el que lanzando rayos se complace, estas
palabras,

yo en persona iré al nevado Olimpo, a ver si se convence. 420

Lo que es tú, quedándote ahora junto a las naves muy veloces,
mantén tu cólera contra los aqueos y quédate retirado por
completo de la guerra,

pues Zeus al Océano, donde los etíopes de conducta
irreprochable,
 se fue ayer para un festín, y todos los dioses a él lo acompañaron.
 Dentro de doce días al Olimpo recién retornará, ⁴²⁵
 y entonces iré al palacio de Zeus, de bronceíneo piso.
 Le suplicaré y pienso que he de persuadirlo.

60

Habiendo hablado así, se retiró y allí mismo a Aquiles lo dejó
 enojado en su corazón por la mujer de talle bien ceñido,
 que violentamente y contra su voluntad le arrebataron. Entre
tanto, Odiseo ⁴³⁰
 llegó hasta Crisa llevando el sagrado sacrificio de cien bueyes
y corderos.

Cuando en el puerto de profundas aguas ingresaron,
 las velas recogieron, y en el interior de la negra nave las pusieron.
 Bajando el mástil con las cuerdas, lo aproximaron a la horqueta,
 y rápidamente con los remos hicieron avanzar la nave al
fondeadero. ⁴³⁵

Echaron anclas y la popa de la nave a ellas amarraron.
 A la rocosa costa del mar saltaron ellos
 y desembarcaron el solemne sacrificio para Apolo, el que hiera a
la distancia.

Bajó Criseida de la nave surcadora de los mares.
 Luego el ingenioso Odiseo, conduciéndola al altar, ⁴⁴⁰
 en las manos al amado padre le entregó, diciéndole:

ODISEO.— ¡Oh, Crises! me envía Agamenón, caudillo de guerreros,
 trayéndote a tu hija, y a Febo Apolo un solemne sacrificio de
cien bueyes y corderos
 ofrecerle por los dánaos, para aplacar al dios
 que ahora tan grandes males ha causado a los argivos. ⁴⁴⁵
 Habiendo hablado así, en manos del anciano la dejó, quien feliz
recibió